

EL  
ÁNGEL  
DE LA MUERTE

FIN DE LOS DÍAS

STEVE ALTEN

Una virulenta bacteria que se contagia a una velocidad vertiginosa amenaza la existencia humana. Mary Klipot es una bióloga brillante que investiga en un laboratorio gubernamental los efectos de la peste negra. Aunque el gobierno declara que la meta de la investigación es el desarrollo de un antídoto, en ese laboratorio se está fabricando una peligrosa sustancia biológica.

Mary decide que ha de seguir las instrucciones de «sus voces» y roba el virus con la intención de propagarlo entre la población de Nueva York.

Mientras tanto, Patrick Shepherd se recupera de las heridas sufridas en la guerra de Irak y quiere redimirse del daño infligido. Cuando Mary libere su arma bacteriológica y una terrible pandemia se extienda por las calles de Nueva York, Patrick será el protagonista de una lucha épica.

*Dedicada con amor a mis maestros  
Eliyahu Jian,  
Yaacov Bourla  
y Chaim Solomon*

## NOTA DEL AUTOR

El martes 5 de mayo de 2009, aproximadamente a las 20.15, estaba cómodamente sentado en el sillón, recuperándome de una jornada de escritura de *El Ángel de la Muerte*, descansando para editar el texto a medianoche. Mi hijo de seis años dormía en mi cama y mi hija de quince estaba recibiendo una clase particular en casa de una vecina.

Trabajaba desde hacía dos largos años en la novela que ahora tienes en sus manos; había realizado investigaciones extensas al tiempo que descubría un nuevo sentido de la espiritualidad. Según mis cálculos, me faltaban solo dos semanas de escritura y me emocionaba estar en la recta final de un libro que contenía un mensaje que yo creía sinceramente que podía cambiar la vida de las personas.

Lo que no podía saber era que en cuestión de minutos la realidad irrumpiría y me acercaría peligrosamente a la historia que estaba escribiendo.

A menos de ocho kilómetros de distancia, mi esposa y alma gemela acababa de entrar en una tienda de comida saludable ubicada en un pequeño centro comercial cerca de nuestra casa. Mientras hablaba con un empleado, dos hombres armados, con capucha y pasamontañas, entraron en la tienda. Uno de ellos apuntó con su pistola a la cabeza de mi esposa...

Diariamente ocurren cosas malas a gente buena. Las tragedias caen sobre las familias. Buscamos un sentido, cuestionamos a Dios. Nuestra fe es puesta a prueba. Dos años

antes me habían diagnosticado la enfermedad de Parkinson, a la edad de cuarenta y siete años. No había antecedentes familiares. Nunca culpé a Dios; simplemente le agradecí que no fuera algo peor. Habiendo tantas personas que sufren en este mundo, ¿cómo podía compadecerme de mí mismo?

Esa noche, mientras yo estaba sentado en el sillón cavilando sobre el destino de mi protagonista, mi esposa había sido cogida como rehén, atada de brazos y piernas con cinta adhesiva, mientras esos dos hombres perpetraban un acto de maldad que dejaba la vida de ella en sus manos. Después de robarle el bolso y sus joyas, así como el contenido de la caja fuerte de la tienda, los atracadores se marcharon. Llegó la policía. Mi esposa me telefoneó, llorando histérica. Gracias a Dios, nadie en el local resultó herido.

Fue una mala noche, pero pudo haber sido mucho peor.

Este libro habla del bien y el mal, de las decisiones que tomamos y de por qué estamos aquí. Se inspira en la sabiduría de un texto de dos mil años de antigüedad que literalmente descodifica el Antiguo Testamento y brinda explicaciones científicas acerca de la existencia y la espiritualidad, sin el lastre del dogma religioso. Mi esposa me había acercado a estos estudios un año atrás, y yo me lancé a mi propio viaje espiritual. La información que me revelaron los libros y las conferencias aportó respuestas a preguntas sobre la vida y la muerte tan sencillas como asombrosas, pero tan claras que instintivamente yo sabía que eran ciertas. También me resultó evidente que *El Ángel de la Muerte* debía ser algo más que un simple *thriller*. Sin embargo, si los acontecimientos de aquella terrible noche de martes hubiesen terminado de otra manera, tal vez ahora no estarías leyendo este libro.

Quisiera pensar de otro modo. Quisiera creer que mi fe habría permanecido inalterada si mi esposa hubiese sido asesinada y que, a la larga, habría terminado el libro con el mismo ánimo con que fue concebido originalmente. Pero

también podría haberme enfurecido y haber quemado el manuscrito en un arranque de ira, sin haber aprendido nada de mis estudios, ni del viaje de mi protagonista a través del infierno.

Por fortuna, mi esposa resultó ilesa y evité la dura prueba del dolor. Tras una breve pausa, *El Ángel de la Muerte* quedó terminado; mi viaje espiritual adquirió un nuevo propósito.

¿Cómo debería interpretar los sucesos del 5 de mayo de 2009? ¿Dios intervino? ¿La fe de mi esposa la salvó? ¿Simplemente tuvimos suerte? ¿El incidente fue una recompensa o un castigo por algún acto pasado? He aprendido que causa y efecto son deliberadamente confusos para así garantizar el libre albedrío; de otro modo, seríamos animales actuando para nuestro amo.

Pero quién sabe, tal vez un día el hombre que apuntó con un arma a la cabeza de mi alma gemela lea esta novela y adquiera las herramientas espirituales que necesita para transformar su vida.

Eso sería maravilloso.

De cualquier modo, estoy agradecido porque estás leyendo este libro. Espero sinceramente que te brinde luz y entendimiento para tu vida, tal como escribirlo me los aportó a mí.

STEVE ALTEN

*La tierra aparecía también corrompida ante Dios y la tierra estaba colmada de violencia. Dios contempló la tierra y vio que estaba corrompida, pues toda la carne se había corrompido sobre la tierra. Y Dios le dijo a Noé: «El fin de toda la carne ha llegado ante mí, pues la tierra está colmada de violencia por obra de ellos. Y mira, los he de destruir junto con la tierra».*

*Génesis*

*Los lugares más ardientes del infierno están reservados para aquellos que en épocas de gran crisis moral se mantienen neutrales.*

*DANTE, Divina Comedia, «Infierno».*

## PRÓLOGO

### VALLE DEL TIGRIS Y EL ÉUFRATES, ANTIGUO IRAK

Le dolía el brazo izquierdo desde que había despertado. Comenzó como un dolor sordo que nacía en lo profundo del hombro sobre el que solía apoyarse al dormir, pues reservaba el brazo derecho para abrazar a su esposa. Al presionar con las palmas de las manos la gruesa pared de cedro en la ondulante oscuridad, su bíceps izquierdo comenzó a palpar.

El viejo gruñón hizo caso omiso, como hacía con casi todo. Con la edad resultaba más fácil. No así cuando era joven. El orgullo le había hecho vociferar contra las indiscreciones de las masas; mientras más había hablado, más lo habían apaleado. Pero había cosas peores que el dolor físico. Las palabras producían heridas más profundas que el acero.

La Voz lo había llamado en su desdicha. Le había prometido un alma gemela. Hijos. El pacto quedó sellado. El marginado ya no estaba solo.

Rodeado por la oscuridad y el mal, el hombre justo se había aferrado a la Luz vigorizante. Cuando se propagó la mancha de la corrupción, se llevó a su familia al desierto. Pero la Voz se hartó de la maldad y de la inmoralidad sexual. Y cuando la Voz le dijo cuál era su tarea, él y sus hijos se entregaron a ella sin vacilación.

No podía desoír nunca la Voz.

Pero cuando los años se convirtieron en décadas y el desprecio de los hombres de renombre se volvió contra su hogar, el convencimiento del hombre menguó, no porque no confiara en la Voz, sino porque llegó a aborrecer a los mancillados cuyos pecados, impulsados por la soberbia, habían cambiado de manera tan abrumadora el curso de su vida, presagiando el Fin de los Días.

El tiempo y la tarea le robaron la juventud. Sus hijos trabajaron a su lado, se casaron y formaron sus propias familias. Él continuó bregando y renunció a la comodidad en aras de la devoción. Con los años de madurez llegó un desánimo profundo. A medida que la vejez anidaba en sus huesos, menguó el recuerdo del pacto, y su paciencia hacia la Voz disminuyó gradualmente, tornándose tolerancia y, en ocasiones, resentimiento. Lo que nunca advirtió fue que estaba siendo puesto a prueba, que su falta de compasión hacia los malvados había manchado su alma, sellando para siempre el destino de sus enemigos... y el suyo propio.

Todo comenzó una mañana invernal, gris y plomiza. Lluvia helada. Pertinaz. Al cabo de dos días, los ríos se desbordaron. Pasados quince más, el valle quedó sumergido.

El diluvio convirtió en siervos a los hombres acaudalados e hizo anclas de su oro. Aquellos que repentinamente habían quedado desposeídos de un hogar huyeron a tierras más altas. Exigieron ser admitidos en su navío, pero el anciano se negó. Con el paso de los días ofrecieron compartir con él sus riquezas mal habidas. Cuando el mar subió hasta tocar el horizonte, le suplicaron.

El anciano persistió en su negativa. Tras toda una vida de humillación y sufrimiento era demasiado tarde para una reconciliación.

Amenazaron con incendiar su santuario, y con ello sellaron su suerte. La ladera de la montaña hizo erupción. La lava hizo hervir las aguas. En la oscuridad de su santuario oyó los gritos desesperados de los condenados... y su satisfacción cedió ante el sentimiento de culpa. Agobiado por esa

carga, se erigió a sí mismo como la auténtica víctima; al hacerlo, se exculpó mentalmente de toda responsabilidad relacionada con el caos, y por tanto de su pasividad y de cualquier transformación que hubiera experimentado.

Pasó el tiempo. La Tierra fue bautizada. Él se afanaba con el culto cotidiano. Cuidaba de sus animales. Su alma permanecía intranquila y mancillada.

La vela parpadeó al aproximarse, con la luz parcialmente velada por las partículas de polvo del establo arremolinadas en el aire. Apareció el rostro de su alma gemela. Su tono de voz era de amonestación.

—¿Por qué mi esposo se esconde en el establo?

Con dificultad procuró ignorar la sensación ardiente que irradiaba desde su antebrazo izquierdo hasta los dedos.

—Baja la voz. Él podría oírte.

—¿Quién podría oírme? ¿El Bendito?

—El Ángel de la Muerte. Acércate... cuidado con la llama. Pega el oído al cedro y dime si está cerca.

Inquieta pero curiosa, la mujer se arrodilló junto a la pared y escuchó.

La cubierta media estaba al nivel del agua; el barco se mecía suavemente y ella podía oír cómo el mar golpeaba y hacía crujir el casco de la embarcación. Aguardó largo rato. El calor sofocante de ese rincón cerrado la hacía sudar.

Y entonces la sintió... Una presencia fría que penetró en sus huesos frágiles, imponiéndose a la calidez. Los animales también la sintieron. Los caballos se agitaron. El ganado se apretujó en un corral contiguo.

Y después, algo más aterrador: el débil sonido de algo que raspaba, la guadaña metálica del ente sobrenatural probando la madera.

Turbada, la anciana se puso de pie de un salto, dejando caer la vela. La llama encontró la paja, y el incendio se irguió como un demonio infernal.

Despojándose de su túnica, el anciano intentó sofocar a la bestia, pero sus débiles esfuerzos solo lograron avivarla.

Su esposa recuperó la compostura, corrió hasta un bebedero, hundió una vasija de barro en el agua y, vertiéndola en el fuego, lo sometió. De las cenizas se elevó un vapor que se dispersó por el recinto. El humo de madera espesó el aire.

La anciana abrazó a su esposo desnudo en la oscuridad; sus pulsos acelerados latían en sincronía.

—¿Por qué nos acecha la muerte?

—*La presión cae, 60/40. Date prisa con esa arteria braquial, necesito administrarle Dobutrex antes de que lo perdamos.*

El anciano balbuceó, confundido por las voces desconocidas que repentinamente sonaban en su cabeza.

Su esposa lo sujetó por los hombros y lo sacudió para que volviera al momento presente.

—¿Por qué nos acecha la muerte?

Apartó la mano de la mujer de su hombro izquierdo punzante. La intensidad del dolor iba en aumento.

—*La negatividad del hombre ha convocado al Ángel de la Oscuridad... Ronda por la tierra sin freno. No temas; mientras permanezcamos ocultos no podrá hacernos daño.*

—*Tu brazo... ¿sucede algo malo?*

—*¿Seguro que fue un artefacto explosivo improvisado? Mira la piel que cuelga de lo que queda de su codo; la carne se derritió.*

El anciano se separó de los brazos de su esposa y gimió. De pronto, su brazo izquierdo irradiaba un calor abrasador.

—*La arteria está obstruida. Comenzad con el Dobutrex. Bien, ¿dónde está la maldita sierra para huesos?*

—*Creo que Rosen la estaba usando para cortar la carne quemada.*

—¿Qué te ocurre?

Grita de dolor; la sangre abandona su rostro arrugado.

—*La carne... ¡se le separa del hueso!*

—*¿Cómo está su presión sanguínea?*

—*90/60.*

—*¿Te quemaste el brazo en el incendio?*

—*No. Empezó a dolerme antes de que los gallos se despertaran para gritarle al día.*

—*Dime qué debo hacer. ¿Cómo puedo ayudarte?*

—*Dame alguna herramienta para cortar.*

—*Me estás asustando. Déjame ir a buscar a nuestro hijo...*

—*No hay tiempo... ¡Aaah!*

—*Pongámosle otra unidad de sangre antes de cortar el brazo. Enfermera, por favor, sostén en alto esta radiografía. Quiero amputar aquí, justo debajo del inicio del tendón del bíceps.*

El viejo gruñón se desplomó. Su esposa se arrodilló junto a él en la oscuridad ondulante. El ruido de arañazos era cada vez más fuerte.

—*¡Dime algo! Por favor, mi amor... ¡despierta!*

—*Doctor, está despierto.*

El soldado abrió los ojos y vio luces brillantes y a unos desconocidos con mascarillas y batas quirúrgicas. El dolor era cegador, su brazo izquierdo era carne despedazada, la agonía competía con el dolor punzante en su cráneo maltratado.

La anestesia fue un baño fresco para sus terminales nerviosas. Sofocado el pánico, cerró los ojos y se sumergió en el sueño.

Desde el otro extremo de la sala de operaciones en Bagdad, la Parca contemplaba al soldado estadounidense malherido como a un viejo amigo... a la espera.

## PRIMERA PARTE

### LA OSCURIDAD

El mal no existe, o por lo menos no existe en sí mismo. El mal es simplemente la ausencia de Dios. Es como la oscuridad y el frío, palabras creadas por los seres humanos para describir la ausencia de luz y de calor. Dios no creó el mal. El mal es el resultado de lo que ocurre cuando el ser humano no tiene el amor de Dios presente en el corazón. Es como el frío que llega cuando no hay calor o la oscuridad que llega cuando no hay luz.

ALBERT EINSTEIN

## JULIO



### FUERTE DETRICK, MARYLAND, 7.12 HORAS

En algún lugar del callejón el mecanismo hidráulico de un camión de la basura rompe el tono gris de la mañana. Un perro responde desde un patio. Un autobús escolar maniobra y arroja un eructo de emisiones en su trayecto a la YMCA local.

En la casa sin niños del final de la calle, la mujer de cabello color manzana acaramelada ronca suavemente sobre una almohada de plumas. Su subconsciente se niega a ser perturbado por el despertar del vecindario. Su vejiga cosquillea, pero ella sigue soñando.

Mary Klipot se aferra al sueño como alguien que no sabe nadar se aferra al bote volcado en un mar tempestuoso.

En su sueño, el vacío desaparece. En su sueño, su padre no es un desconocido y su madre drogadicta siente remordimientos por haberla abandonado. En su sueño hay un hogar y un lecho tibio. Galletas con pepitas de chocolate y besos de buenas noches que no saben a tabaco. El aire tiene la dulzura de las lilas y las paredes son de una blancura jovial. Hay baños privados y duchas y maestras que no son monjas. No hay una habitación insonorizada en las mañanas de miércoles y sábado, nada de correas de cuero ni aspersiones de agua bendita, y ciertamente no hay un padre Santaromita.

En su sueño, Mary no es especial.

Mary la especial. La huérfana con el coeficiente intelectual alto. Lista, pero peligrosa. Satanás es la vocecita en tu cerebro que te dice que le prendas fuego al gato, que será divertido. Salta del alféizar, sobrevivirás. Dios no está en esos momentos. Los frenos de un camión desbocado. El médico con el estetoscopio helado le da un nombre: epilepsia del lóbulo temporal, y escribe una receta.

El padre Santaromita cree que sabe más. Los exorcismos semanales se prolongan hasta que Mary cumple ocho años.

Ella toma la medicina. El coeficiente intelectual sometido rinde dividendos. Cuadro de honor en el colegio parroquial. Una beca universitaria. Se gradúa en microbiología en Emory y en Johns Hopkins. El futuro se adivina prometedo.

Claro que hay «otros» desafíos. Fiestas y condiscípulos. Cervezas y drogas. La pelirroja introvertida con ojos color avellana y mirada aurada es bonita en un estilo «parque de caravanas», pero no es una chica fácil. A Mary la especial la apodan la Virgen María. La abstinencia la marca como una marginada. «Vamos, Mary. Solo los buenos mueren jóvenes». Mary muere cien muertes distintas. Tiene dos empleos para poder costear su propio apartamento.

El aislamiento es más fácil.

Sus excelentes calificaciones le abren puertas. El trabajo de laboratorio le ofrece la salvación. Mary tiene talento. El Departamento de Defensa la reclama. El Fuerte Detrick la necesita. Buen sueldo y beneficios gubernamentales. La investigación es desafiante. Después de algunos años se la asignará al laboratorio de contención del Nivel 4, donde podrá trabajar con algunas de las sustancias biológicas más peligrosas del planeta.

La vocecita asiente. Mary acepta el empleo. La carrera definirá una vida menos vivida.

Con el tiempo, los sueños cambian.